

Castel que su sospecha de la similitud espiritual que presintió entre ambos existe realmente:

«El mar está ahí, permanente y rabioso. Mi llanto de entonces, inútil; también inútiles mis esperas en la playa solitaria, mirando te-
nazmente al mar. ¿Has adivinado y pintado este recuerdo mío, o has
pintado el recuerdo de muchos seres como tú y yo?»

«Pero ahora tu figura se interpone: estás entre el mar y yo. Mis
ojos encuentran tus ojos. Estás quieto y un poco desconsolado, me
miras como pidiendo ayuda» [68].

Las palabras de María le devuelven la vida a Castel. Nuevamente
la felicidad lo inunda (mis sentimientos de felicidad—ha dicho an-
tes—son tan poco duraderos...). Pero esta felicidad es pasajera, por-
que los días transcurren y ella no regresa de la estancia. Castel le
escribe una segunda carta cuyo texto es sólo: «¡Te amo, María, te
amo, te amo!» (es la primera vez que se lo dice). A los dos días
recibe una respuesta tan lacónica como el contenido de su propia
misiva: «Tengo miedo de hacerte mucho mal.» Le responde sin es-
perar un minuto: «No me importa lo que puedas hacerme. Si no pu-
diera amarte me moriría. Cada segundo que paso sin verte es una
interminable tortura.»

Pasan los días y María no regresa ni responde. Castel le escribe:
«Estás pisoteando mi alma.» Al día siguiente María se encuentra nue-
vamente a su lado. La alegría dolorosa que Castel siente mientras la
espera en la plaza, la ternura que llena su alma, desaparecen al ha-
llarse junto a ella, y, encolerizado, la bombardea con reproches y pre-
guntas que no da tiempo para que ella responda. Finalmente, cuando
calla, en espera de sus palabras, ella, como es tradicional, elude una
respuesta precisa:

—«¿Por qué todo ha de tener respuesta? No hablemos de mí: ha-
blemos de ti, de tus trabajos, de tus preocupaciones... Quiero saber
qué haces ahora, qué piensas, si has pintado o no.»

—«No... No es de mí que deseo hablar: deseo hablar de nosotros
dos, necesito saber si me quieres. Nada más que eso: saber si me
quieres.»

María no responde, y segundos después, encendiendo un fósforo
para mirarla en la oscuridad, Castel se da cuenta de que está llo-
rando. Llora, pero lo mira con ternura y le acaricia la cabeza. Por fin,
arriesga una declaración:

—«Claro que te quiero... ¿Por qué hay que decir ciertas cosas?»

A Castel no le basta esta afirmación: desea saber qué clase de amor es el que ella siente... Porque hay muchas clases de amor...

De pronto, vuelve a encender un fósforo: en medio de la oscuridad ha tenido la intuición de que la muchacha está sonriendo y desea sorprenderla. María ya no sonríe, pero él está seguro de que «había estado sonriendo una décima de segundo antes» [72]. (Debido a la sobreintensidad mental, a la excesiva atención, el cerebrotónico posee ojos y oídos muy activos y nada se le escapa.) Rabioso, le dice lo que piensa. Ella se sorprende:

—«¿Y de qué podía sonreír?» —pregunta.

—«De mi ingenuidad, de mi pregunta si me amabas verdaderamente...» [72].

El neurótico, pese a que busca y necesita imprescindiblemente el afecto, y en particular el amor, no cree en este último. Afirma Karen Horney que «puede experimentar auténtico terror cuando se halla a punto de comprender que alguien le ofrece sincero cariño o amor» (12). Castel cree que María ha sonreído y está seguro de que esa sonrisa es una manera de burlarse de él y sus pretensiones. Recordemos que «los neuróticos son dolorosamente sensibles a todo rechazo o mero desprecio, por leve que sea» (13), y esto, debido a su complejo de inferioridad y a su creencia de que nadie puede amarlos.

María se indigna por la suposición de Castel y se lo demuestra con duras palabras. Pese a la seguridad que él tiene de no haberse equivocado, se siente acometido de súbita desesperación. Le pide perdón, se humilla, llora y se culpa él de todo. («Dado que la obtención del cariño posee para él vital importancia, el neurótico abonará cualquier precio a fin de alcanzarlo» (13). La muchacha olvida su rencor y lo acaricia nuevamente. Pero se enfrascan en una discusión torpe que los hace separarse molestos.

Desde ese día las relaciones quedan definitivamente iniciadas entre ellos, que se ven diariamente durante un tiempo «a la vez maravilloso y horrible» [76]. Pese a que María viene a verlo al taller y se conduce con una paciencia y una constancia extraordinaria frente a los arrebatos y exigencias de Castel, éste persiste en su desconfianza:

«Yo vivía obsesionado con la idea de que su amor era, en el mejor de los casos, amor de madre o hermana, de modo que la unión física se me aparecía como una garantía de verdadero amor» [76].

(12) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 139.

(13) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 172.

Castel siente que María no se le entrega verdaderamente, que está lejos de él. Cree que las relaciones sexuales podrán acercarlos. En algunos neuróticos las relaciones sexuales representan no sólo una «liberación de tensiones específicas, sino también el único medio de entablar conexiones humanas. Si una persona se ha convencido de que le es prácticamente imposible obtener cariño, el contacto físico puede servirle como sucedáneo de los lazos afectivos» (14). Castel, en su afán de lograr acercamiento mediante un acto material, fuerza a su amada, «en la desesperación de consolidar de algún modo esa fusión» [73]. Pero este medio, en vez de causarle tranquilidad, lo sume en un abatimiento aún mayor, ya que su ansiedad le impide todo goce. «La angustia, en conexión con una actividad, afirma Karen Horney, malogrará el placer que ella promueve en otras circunstancias... Las relaciones sexuales cumplidas con fuerte ansiedad no proporcionarán el menor placer, y si el sujeto no advierte su angustia tendrá la impresión de que esas relaciones nada significan para él» (15). Así, pues, Castel afirma:

«Lejos de tranquilizarme, el amor físico me perturbó más, trajo nuevas y torturantes dudas, dolorosas escenas de incomprensión, crueles experimentos con María» [76].

La muchacha, según él, complica el problema en estas oportunidades y lo introduce en una maraña de nuevas dudas, de otras y mayores desconfianzas:

«Ella agravaba las cosas, porque, quizá en su deseo de borrar esa idea fija, aparentaba sentir un verdadero e increíble placer; y entonces venían las escenas de vestirme rápidamente y huir a la calle, o de apretarle brutalmente los brazos y querer forzarle confesiones sobre la veracidad de sus sentimientos y sensaciones. Y todo era tan atroz, que cuando ella intuí que nos acercábamos al amor físico, trataba de rehuirlo. Al final había llegado a un completo escepticismo y trataba de hacerme comprender que no solamente era inútil para nuestro amor, sino hasta pernicioso.»

«Con esta actitud sólo lograba aumentar mis dudas acerca de la naturaleza de su amor, puesto que yo me preguntaba si ella no habría estado haciendo la comedia del placer para que yo me enojara y entonces poder ella argüir que el amor físico era pernicioso y de ese modo evitarlo en el futuro; siendo la verdad que lo detestaba desde el comienzo y, por tanto, era fingido su placer» [78 y 79].

(14) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 172.

(15) Karen Horney: *Ob. cit.*, p. 173.

Cada día que pasa ahonda más el problema de Castel, pues la desconfianza que siente es indomable. Repasa cada acto, cada palabra pronunciada desde que conoció a María y a cada uno de ellos le da una explicación que considera muy razonable. Para él, todos los hechos demuestran que la muchacha ha tenido y tiene relaciones con otros hombres y no puede dejar de decírselo. Lo hace con grosería y se produce entre ambos una nueva tensión:

«Un día la discusión fue más violenta que de costumbre y llegué a gritarle una palabra horrenda. María quedó muda y paralizada. Luego, lentamente, fue a vestirse detrás del biombo de las modelos; y cuando yo, después de luchar entre mi odio y mi arrepentimiento, corrí a pedirle perdón, vi que su rostro estaba empapado en lágrimas. No supe qué hacer: la besé tiernamente en los ojos, le pedí perdón con humildad, lloré ante ella, me acusé de ser un monstruo cruel, injusto y vengativo. Y eso duró mientras ella mostró algún resto de desconsuelo, pero apenas se calmó y comenzó a sonreír con felicidad, empezó a parecerme poco natural que ella no siguiera triste: podía tranquilizarse, pero era sumamente sospechoso que se entregase a la alegría después de haberle gritado una palabra semejante y comenzó a parecerme que cualquier mujer debe sentirse humillada al ser calificada así, hasta las propias prostitutas, pero ninguna mujer podría volver tan pronto a la alegría, a menos de *haber cierta verdad en aquella calificación*» [80].

Los ejemplos que hemos anotado nos colocan ya en condiciones de formarnos una idea exacta acerca de la magnitud de la angustia casteliana y de cómo siente que su única solución está en el amor. Es tal su necesidad de amor, que se siente obsesionado por la idea de perderlo. Ahora bien, la necesidad neurótica de afecto tiene, entre sus muchas características, aquella que denominamos insaciabilidad, cuyas principales expresiones son los celos y la demanda de amor incondicional. Los celos del neurótico están dictados por el incesante temor de perder a la persona amada o su amor, y por tanto, todo interés que ésta pueda dedicar a alguien o a otras cosas, encierra la posibilidad de peligro. El neurótico se siente sumamente deprimido cuando comprueba o cree comprobar que alguien recibe del ser amado lo mismo que él. Su «lema» en este sentido podría ser: «Me quieres, pero como también quieres a otros, el cariño que me profesas no vale nada.» El desea ser el único, y una de las maneras más convincentes que tiene el ser amado de demostrarle que lo prefiere por sobre todos los demás es aceptarle todo lo que quiera hacer. Está